



ENCUENTRO DE FAMILIAS CON EL PAPA FRANCISCO EN LA CATEDRAL DE SANTIAGO DE CUBA

“Gracias —dijo—son amables, bondadosos y hacen sentir a uno como en casa”.

Papa Francisco 22/09/2015

Desde el atrio de la catedral santiaguera,
al terminar el Encuentro de familias

Texto original

Estamos en familia. Y cuando uno está en familia se siente en casa. Gracias familias cubanas, gracias cubanos por hacerme sentir todos estos días en familia, por hacerme sentir en casa. Este encuentro con ustedes es como «la frutilla

de la torta». Terminar mi visita viviendo este encuentro en familia es un motivo para dar gracias a Dios por el «calor» que brota de gente que sabe recibir, que sabe acoger, que sabe hacer sentir en casa. Gracias.

Agradezco a Mons. Dionisio García, Arzobispo de Santiago, el saludo que me ha dirigido en nombre de todos y al matrimonio que ha tenido la valentía de compartir con todos nosotros sus anhelos y esfuerzos por vivir el hogar como una «iglesia doméstica».

El Evangelio de Juan nos presenta como primer acontecimiento público de Jesús las Bodas de Caná, en la fiesta de una familia. Ahí está con María, su madre, y algunos de sus discípulos compartiendo la fiesta familiar.

Las bodas son momentos especiales en la vida de muchos. Para los «más veteranos», padres, abuelos, es una oportunidad para recoger el fruto de la siembra. Da alegría al alma ver a los hijos crecer y que puedan formar su hogar. Es la oportunidad de ver, por un instante, que todo por lo que se ha luchado valió la pena. Acompañar a los hijos, sostenerlos, estimularlos para que puedan animarse a construir sus vidas, a formar sus familias, es un gran desafío para todos los padres. A su vez, la alegría de los jóvenes esposos. Todo un futuro que comienza, todo tiene «sabor» a cosa nueva, a esperanza. En las bodas, siempre se une el pasado que heredamos y el futuro que nos espera. Siempre se abre la oportunidad para agradecer todo lo que nos permitió llegar hasta el hoy con el mismo amor que hemos recibido.

Y Jesús comienza su vida pública en una boda. Se introduce en esa historia de siembras y cosechas, de sueños y búsquedas, de esfuerzos y compromisos, de arduos trabajos que araron la tierra para que ésta dé su fruto. Jesús comienza su vida en el interior de una familia, en el seno de un hogar. Y es en el seno de nuestros hogares donde continuamente se sigue introduciendo, sigue siendo parte.

Es interesante observar cómo Jesús se manifiesta también en las comidas, en las cenas. Comer con diferentes personas, visitar diferentes casas fue un lugar privilegiado por Jesús para dar a conocer el proyecto de Dios. Él va a la casa de sus amigos —Marta y María—, pero no es selectivo, no le importa si son publicanos o pecadores,

como Zaqueo. No sólo Él actuaba así, sino cuando envió a sus discípulos a anunciar la buena noticia del Reino de Dios, les dijo: «Quédense en la casa que los reciba, coman y beban de los que ellos tengan» (Lc 10,7). Bodas, visita a los hogares, cenas, algo de «especial» tendrán estos momentos en la vida de las personas para que Jesús elija manifestarse ahí.

Recuerdo en mi diócesis anterior que muchas familias me comentaban que el único momento que tenían para estar juntos era normalmente en la cena, a la noche, cuando se volvía de trabajar, donde los más chicos terminaban la tarea de la escuela. Era un momento especial de vida familiar. Se comentaba el día, lo que cada uno había hecho, se ordenaba el hogar, se acomodaba la ropa, se organizaban las tareas fundamentales para los demás días. Son momentos en los que uno llega también cansado y alguna que otra discusión, alguna que otra «pelea» se deja ver. Jesús elige estos momentos para mostrarnos el amor de Dios, Jesús elige estos espacios para entrar en nuestras casas y ayudarnos a descubrir el Espíritu vivo y actuando en nuestras cosas cotidianas. Es en casa donde aprendemos la fraternidad, la solidaridad, el no ser avasalladores. Es en casa donde aprendemos a recibir y a agradecer la vida como una bendición y que cada uno necesita a los demás para salir adelante. Es en casa donde experimentamos el perdón, y somos continuamente invitados a perdonar, a dejarnos transformar. En casa no hay lugar para las «caretas», somos lo que somos y de una u otra manera somos invitados a buscar lo mejor para los demás.

Por eso la comunidad cristiana llama a las familias con el nombre de iglesias domésticas, porque en el calor del hogar es donde la fe empapa cada rincón, ilumina cada espacio, construye comuni-

dad. Porque en momentos así es como las personas iban aprendiendo a descubrir el amor concreto y operante de Dios.

En muchas culturas hoy en día van desapareciendo estos espacios, van desapareciendo estos momentos familiares, poco a poco todo lleva a separarse, aislarse; escasean momentos en común, para estar juntos, para estar en familia. Entonces no se sabe esperar, no se sabe pedir permiso ni perdón, ni decir gracias, porque la casa va quedando vacía. Vacía de relaciones, vacía de contactos, vacía de encuentros. Hace poco, una persona que trabaja conmigo me contaba que su esposa e hijos se habían ido de vacaciones y él se había quedado solo. El primer día, la casa estaba toda en silencio, «en paz», nada estaba desordenado. Al tercer día, cuando le pregunto cómo estaba, me dice: quiero que vengan ya todos de vuelta. Sentía que no podía vivir sin su esposa y sus hijos.

Sin familia, sin el calor de hogar, la vida se vuelve vacía, comienzan a faltar las redes que nos sostienen en la adversidad, nos alimentan en la cotidianidad y motivan la lucha para la prosperidad. La familia nos salva de dos fenómenos actuales: la fragmentación (la división) y la masificación. En ambos casos, las personas se transforman en individuos aislados fáciles de manipular y de gobernar. Sociedades divididas, rotas, separadas o altamente masificadas son consecuencia de la ruptura de los lazos familiares, cuando se pierden las relaciones que nos constituyen como personas, que nos enseñan a ser personas.

La familia es escuela de humanidad, que enseña a poner el corazón en las necesidades de los otros, a estar atento a la vida de

los demás. A pesar de tantas dificultades como aquejan hoy a nuestras familias, no nos olvidemos de algo, por favor: las familias no son un problema, son principalmente una oportunidad. Una oportunidad que tenemos que cuidar, proteger, acompañar.

Mucho se discute sobre el futuro, sobre qué mundo queremos dejarle a nuestros hijos, qué sociedad queremos para ellos. Creo que una de las posibles respuestas se encuentra en mirarlos a ustedes: dejemos un mundo con familias. Es cierto, no existe la familia perfecta, no existen esposos perfectos, padres perfectos ni hijos perfectos, pero eso no impide que no sean la respuesta para el mañana. Dios nos estimula al amor y el amor siempre se compromete con las personas que ama. Por eso, cuidemos a nuestras familias, verdaderas escuelas del mañana. Cuidemos a nuestras familias, verdaderos espacios de libertad. Cuidemos a nuestras familias, verdaderos centros de humanidad.

No quiero terminar sin hacer mención a la Eucaristía. Se habrán dado cuenta que Jesús quiere utilizar como espacio de su memorial, una cena. Elige como espacio de su presencia entre nosotros un momento concreto en la vida familiar. Un momento vivido y entendible por todos, la cena.

La Eucaristía es la cena de la familia de Jesús, que a lo largo y ancho de la tierra se reúne para escuchar su Palabra y alimentarse con su Cuerpo. Jesús es el Pan de Vida de nuestras familias, Él quiere estar siempre presente alimentándonos con su amor, sosteniéndonos con su fe, ayudándonos a caminar con su esperanza, para que en todas las circunstancias podamos experimentar que es el verdadero Pan del cielo.

En unos días participaré junto a familias del mundo entero en el Encuentro Mundial de las Familias y en menos de un mes en el Sínodo de Obispos, que tiene como tema la Familia. Los invito a rezar especialmente por estas

dos instancias, para que sepamos entre todos ayudarnos a cuidar a la familia, para que sepamos seguir descubriendo al Emmanuel, al Dios que vive en medio de su Pueblo haciendo de las familias su hogar.



Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, Catedral de Santiago de Cuba.

El matrimonio que dio la bienvenida al Papa en la Catedral de Santiago de Cuba



El Papa invitó a todos a felicitar al joven esposo, pues ese mismo día cumplía 36 años.

Palabras de saludo, al inicio del Encuentro, dirigidas por el matrimonio de José Leyter y Janet Hernández al Santo Padre.

En nombre de las familias cubanas le damos la bienvenida a esta querida ciudad y a nuestra Catedral de Santiago de Cuba. Su presencia aquí para compartir este momento de gracia con nosotros llena de inmensa alegría a todos los cubanos y en especial a las familias que lo esperamos como "Misionero de la Misericordia".

Conocemos y agradecemos su preocupación por las familias del mundo entero, de manera especial por los miembros más vulnerables de los que la forman, los niños y los ancianos. Por su defensa de la vida desde su concepción hasta su término natural. Por abogar siempre por el derecho de los padres a la educación de sus hijos como sus primeros for-

madores y por la necesidad de que con su trabajo honesto puedan sostener dignamente a los que les han sido confiados.

Santo Padre, ore por nosotros para que podamos llevar adelante nuestra misión de iglesias domésticas donde se aprenda a amar sin condiciones, a respetarnos unos a los otros teniendo en cuenta las legítimas diferencias que nos enriquecen, a apoyar y potenciar el logro de las aspiraciones de cada uno de sus miembros y así todos crecer como personas, a tener la capacidad de perdonar y reconciliar para ser instrumentos de paz y misericordia en el seno de la familia y la sociedad.

Queremos, Santo Padre, escuchar su mensaje de esperanza y recibir la bendición. De nuestra parte le aseguramos nuestra oración por usted y por su misión y lo encomendamos a la protección de nuestra Madre y Patrona, la Virgen de la Caridad. Que Dios lo bendiga.

Breve síntesis de los testimonios de tres de las cinco parejas habaneras que asistieron al encuentro.



"...logramos verlo y casi tocarlo, nos sonrió y nos saludó... en sus ojos había misericordia, humildad, pobreza... sentimos que era el mismo Cristo que pasaba en ese pequeño instante. Descubrimos que solamente esos valores (proclamados por el Santo Padre) salvaran a la familia cubana y que esa sonrisa y su mirada de misericordia llenó de bendita belleza a Santiago."

Tomás González y Arelys Báez, comunidad de San Nicolás de Bari

"...al escucharlo sentí la importante tarea reflexiva que tenemos los cristianos para lograr poner en práctica las bendecidas palabras del Santo Padre, incluyendo la frase que a muchos nos ha tocado el corazón: Quien no vive para servir, no sirve para vivir".

Pedro L. Domínguez e Isabel Valenzuela, comunidad de Santa Clara de Asís

"Mi hijo estaba preso acusado de delito económico y cuando Su Eminencia el Cardenal Jaime Ortega anunció que por la visita del papa Francisco, se iban a indultar a una cantidad de presos, recé mucho y gracias a Dios fue indultado. Cuando visitamos a Santiago de Cuba, mi esposo Freddy y yo al Encuentro de Familias, en la Catedral pude verlo y una vez terminado el Encuentro, a su salida lo pude saludar con mucha emoción y le expresé mi deseo de que Dios lo bendijera, el me abrazó y pude darle un beso".

Migdalia Ruiz, comunidad de Santa Catalina de Siena